

Exilio, cuerpo de la multitud y potencia cocalera

El Imperio crea un potencial para la revolución mucho mayor que el de los regímenes modernos de poder, porque nos coloca, a lo largo de la máquina de comando, frente a una alternativa: el conjunto de todos los explotados y subyugados, sin mediación entre ellos, a una multitud opuesta directamente al Imperio¹.

Michael Hardt y Toni Negri.

EXILE, BODY OF THE MULTITUDE AND COCA FARMERS' POWER

This transdisciplinary reflection, drawing on the fieldwork of anthropologist María Clemencia Ramírez with coca farmers, provides a different interpretation of the category and praxis of exile and refuge, which in the Colombian situation are defined as displacement, and which I read as the power of the coca-farmers. The center of our interest is the space between the Putumayo and Western Amazonia, as an integral part of the City of the South, inhabited by peasants and "raspachines" that belong to the Coca Farmers Movement. My interpretation identifies them as an active part of the body of the multitude that, in the deteriorated space of the globalization of capital, struggles to resist and to achieve social and political autonomy in the midst of a dramatic internal armed conflict in which the intervention of the Imperial police is undeniable.

EXIL, CORPS FORMÉ PAR LA MULTITUDE ET PUISSANCE COCALIÈRE.

En s'aidant du travail de terrain de l'anthropologue María Clemencia Ramírez sur les producteurs de coca, cette réflexion transdisciplinaire propose une lecture différente de la catégorisation et de la pratique de l'exil et du refuge. Cette pratique se définit en terme de déplacement dans le contexte colombien, et s'interprète ici comme puissance de la coca. Les lieux d'investigation sont le Putumayo et l'Amazonie occidentale, considérés comme partie intégrante de la *Ciudad del Sur* où habitent les paysans et "raspachines" (petits extracteurs de coca) qui participent au Mouvement des producteurs de coca. L'interprétation qui est faite les identifie comme des individus actifs du corps formé par la multitude qui dans l'espace dévasté par la globalisation du capital teste ses luttes de résistance pour l'autonomie sociale et politique. Ces revendications ont pour contexte un grave conflit armé interne dans lequel les interventions de la police et de l'Etat sont indubitables.

EXILIO, CUERPO DE LA MULTITUD Y POTENCIA COCALERA

Esta reflexión transdisciplinaria propone, apoyándose en el trabajo de campo de la antropóloga María Clemencia Ramírez sobre los cocaleros, una lectura diferente de la categoría y la praxis del exilio y el refugio, que en las condiciones colombianas se define como desplazamiento, y que aquí interpreto como potencia cocalera. El centro de atención está en el espacio del Putumayo y la Amazonia Occidental, como parte integral de *La Ciudad del Sur*, donde habitan los campesinos y raspachines que animan el Movimiento de los Cocaleros. La interpretación que se hace los identifica como parte activa del cuerpo de la multitud, que en el espacio desterritorializado de la globalización del capital ensaya sus luchas de resistencia y por la autonomía social y política, en medio de un agudo conflicto armado interno, y donde la intervención de la policía del Imperio es indudable.



a temporalidad posmoderna está signada por el *exilio* y el *refugio*, dos modos correlativos del existir de la multitud contemporánea, desarraigada

siempre por la expansión del capital. Esta es la pluralidad constituyente, la *plebe* alternativa, de quien se tratará en tanto cuerpo social. La base real de este estudio preliminar es la praxis de los *desplazados* en Colombia, mejor aún, de uno de sus componentes constitutivos, buscando develar su potencial político, expresado a lo largo de este decenio con cierta ambigüedad, como ocurre con toda génesis. Por tal razón, este recorrido supone una reflexión paralela junto al cuerpo social del desplazamiento.

La atención está fija en un escenario principal, el Putumayo, un territorio del sur de Colombia, donde los campesinos cocaleros son el foco de interés de la acción policial imperial que comanda el gobierno norteamericano, a través de la reforma y aplicación parcial del llamado Plan Colombia. El Putumayo se ha transformado, a la vez, en el espacio de confrontación de todos los actores armados, no sólo para complejizar la guerra colombiana en franca expansión, sino para descubrir la presencia de un actor principal, decisivo en una solución que marcha más allá de la ecuación circular, tramposa, de la paz y la guerra.

Para elaborar esta reflexión hago uso, en lo fundamental, del notable registro etnográfico y la periodización que presenta el trabajo pionero de la antropóloga colombiana, María Clemen-

¹ Antonio Negri, y Michael Hardt, *Imperio*, Madrid: Paidós, 2001.

cia Ramírez, *Entre el Estado y la guerrilla: identidad y ciudadanía en el movimiento de los campesinos cocaleros del Putumayo*². A partir de este material básico intentaré dar cuenta de un componente singular invisibilizado: la plebe posmoderna, enunciada por Michel Foucault como una corporalidad que es opuesta a la lógica de la dominación. El ejercicio que presento a discusión, rastrea el advenimiento, la genealogía de este otro sujeto, cuya radicalidad y autonomía desafían los poderes constituidos. Él, a la vez que trastoca las calificaciones ideológicas tradicionales instauradas por el bipartidismo local y la oposición armada a éste, propone una alternativa social y política: la autonomía. Por eso, el principal propósito de mi ensayo es capturar el sentido de su lucha singular, y contextualizar en la resistencia global, en la praxis del contrapoder, el lugar de la revuelta cocalera contra el Imperio.

Las masas subalternas *desplazadas*, puestas en movimiento en torno al cultivo de las plantas de coca, por la ruina a la agricultura de pancoger y el deterioro del mercado agrario nacional, son carne y sangre de la multitud global en vía de insubordinación. Ellas están conectadas aquí y allá por la universalización del capital desterritorializado. Ellas son el espectro díscolo que recorre al mundo, el trabajo sometido y constreñido, cuya persistente presencia nos recuerda la fractura profunda del orden moderno. Estos campesinos y proletarios agrícolas en su vagabundaje habitan el no lugar, donde la recreación del mundo humano es no sólo una posibilidad sino una urgencia concebida por fuera de los cánones de la forma Estado. Su quehacer autónomo expresa el poder singular que hace posible una nueva ciudad, cuyos trazos se fijan, cuya cartografía se revela lejos de los antiguos centros del poder constituido, expandiéndose desde sus márgenes.

TIEMPO Y POTENCIA DE LA MULTITUD

*Producir: ésta es la forma eminente de tomar la palabra. No hay producción sin colectividad. No hay palabra sin lenguaje. No hay arte sin producción y lenguaje. El arte es, ante todo, esta síntesis. La producción de un nuevo lenguaje que, antes, alude a un nuevo ser...*³

Antonio Negri.

Una aproximación conceptual al fenómeno del *desplazamiento* contemporáneo saca provecho de las reflexiones de un exiliado, Antonio Negri. Este ensayo se sirve con algún detalle de la obra *Imperio*⁴, que él escribió con Michael Hardt. Se hace énfasis en el entendimiento de una de sus partes, *La multitud contra el Imperio*, así como en un conjunto de cartas y ensayos publicados bajo el nombre *Arte y multitud*⁵. De ellos se extraen guías para este estudio preliminar que explica el comportamiento descentrado de una parte sustancial

del cuerpo de la multitud, que sujeto a las condiciones de una guerra civil preventiva, localizada de nuevo en América Latina, resiste a la vez que nos indica una radical recomposición societal. Esta rebeldía de los de abajo surge de los estragos producto del modelo de acumulación posfordista, generalizado por la onda neoliberal a partir de los laboratorios extremos de Chile y Bolivia.

También ayuda, en lo teórico, la visión del filósofo español Reyes Mate, para quien “la modernidad supone el descubrimiento del cuerpo, la búsqueda de un equilibrio armonioso entre el cuerpo y el espíritu”⁶. Una búsqueda, que como ya lo sabemos, fracasa en la cárcel utópica de la forma estatal que prometió una armonía entre cuerpo y mente. Para este filósofo es evidente que en el lugar de la promesa, tal “equilibrio se ha roto a favor del cuerpo. Sólo somos cuerpo”⁷. Reyes prueba sus reflexiones utilizando la actual experiencia europea del desplazamiento, y recuerda cómo detrás de los casuismos, “el extranjero sin papeles no existe. El gobierno, como los empresarios del pueblo, saben que *los inmigrantes magrebíes* existen, pues por algo llevan diez años haciendo los trabajos más duros”⁸.

Este enfoque referido a las últimas migraciones africanas a España se anuda bien con los recurrentes desplazamientos internos en Colombia, sedimentados a lo largo de un siglo en el Putumayo occidental. Esta población desplazada/refugiada exige que se le reconozca ahora una voz y una presencia, yendo más allá de “una existencia como mano de obra, como cuerpos de trabajo”⁹, como lo denunciaba Reyes Mate, frente a quienes “niegan que ese cuerpo pretenda ser un sujeto de derechos”¹⁰. Cuando esto ocurre, porque la política global intenta reducir al hombre a puro cuerpo, el sujeto colectivo oprimido combate contra otro fascismo que gangrena el tejido social de la posmodernidad. Hoy, la nueva revolución pasiva mutó en la forma de un *fascismo social*, que caracterizan dos sociólogos del derecho, Boaventura de Souza Santos y Mauricio García Villegas en el *Caleidoscopio de las justicias en Colombia*¹¹, como un régimen social o de civilización, que se origina en las relaciones sociales, un fascismo pluralista con sus formas de sociabilidad específica, el *apartheid*, el estado paralelo, el paraestatalismo, la inseguridad permanente y el fascismo financiero.

Frente a este juego estratégico de control sobre la multitud que despliega el discurso y la práctica neoliberal del *fascismo social*, se explora el avance de una alternativa radical diferente a través de la pregunta: “¿Cómo puede la multitud volverse un sujeto político en el contexto del Imperio?”¹², desde la perspectiva de un imaginario antipolítico, con el cual se moviliza la plebe/multitud por fuera de los cánones de la

triple

² Cfr., María Clemencia Ramírez, *Entre el Estado y la guerrilla: identidad y ciudadanía en el movimiento de los campesinos cocaleros del Putumayo*, Bogotá: ICANH, Colciencias, 2001.

³ Antonio Negri, *Arte y multitud*, Madrid: Trotta, 2000.

⁴ Cfr., Antonio Negri y Michael Hardt, op. cit.

⁵ Cfr., Antonio Negri, op. cit.

⁶ Reyes Mate, *Frivolisamos la paz cuando sólo pensamos en los vivos*, en *Revista Análisis Político*, núm. 40, Bogotá: IEPRI, pág. 97.

⁷ *Ibid*, pág. 98.

⁸ *Ibid*, pág. 98.

⁹ *Ibid*, pág. 98.

¹⁰ *Ibid*, pág. 98.

¹¹ Cfr., Boaventura de Souza Santos y Mauricio Villegas, *El caleidoscopio de las justicias en Colombia*, Bogotá: Siglo del Hombre, 2001.

¹² Antonio Negri y Michael Hardt, op. cit.

triple dominación tradicional: paramilitar, legal y guerrillera. La identidad colectiva que se construye como rechazo antipolítico de la mediación partidista o clientelista, primero que todo "afirma su singularidad invirtiendo la ilusión ideológica de que todos los humanos en las superficies globales del mercado mundial son intercambiables"¹³.

Esta plebe/multitud refunda una praxis política desde abajo, en medio de la selva. Los cocaleros ejercitan otra politicidad, que tiene trazas de real autonomía como lo registra María Clemencia Ramírez en su libro. Asediados como están los cocaleros, por las imposiciones de los actores armados, tienen que reinventar su entorno, entre los polos del Estado y la guerrilla. Esta parte de la multitud global "promueve mediante su trabajo las singularizaciones biopolíticas de grupos y conjuntos de humanidad, en todos y cada nodo de intercambio local"¹⁴. En el amplio espacio de la informalidad mundial, son presentados como la cara ilegal del mercado planetario, y satanizados. Pero, en realidad, los desplazados del sur no sólo son un foco de resistencia, sino que en su praxis ejercitan la cooperación, en la comunicación con los nuevos bárbaros. Ellos son un contingente importante en tanto constituyen de hecho a la ciudad alternativa planetaria, porque conforman en su hacer cotidiano "el retorno del valor de uso reprimido"¹⁵.

Aunque por ahora conviene reconocer que tanto el campesinado cocalero asentado en el Putumayo como los raspachines desplazados y refugiados, venidos de los confines de la Ciudad del Centro, no son aún un sujeto político propiamente dicho, sí caracterizan un despertar del sujeto social reprimido, obrando en el contexto de la neoliberalización del mundo, que no deja ya ningún espacio libre. Los cocaleros, en tanto encarnación del valor de uso, en la lucha misma, sí se transforman de sujetos mudos, de *cuerpos de trabajo* en actores vociferantes. Es la multitud que perturba la geopolítica regional dominada por los macroproyectos y los imperativos del ALCA. Esta plebe foucaultiana primero reclama derechos, el fundamental de todos, el derecho a la vida, la condición de posibilidad de todas las éticas, porque ya no aceptan a su modo los dictados y la lógica del pensamiento único y, en cambio, defienden una ética de la necesidad, cuya lógica vital es contraria a la lógica del suicidio.

Los agrupamientos subalternos, al reclamar el derecho a la vida y a la participación en sus comunidades, se sacuden de la obediencia a la lógica de guerra, y en tanto obran así, son el obstáculo reconocido y combatido. Ellos bloquean también la uniformidad y la unanimidad que anuncia y exige el Imperio con sus estrategias económico-políticas de ex-

pansión del ALCA, y la Iniciativa Regional Andina, porque éstas exigen formas previas de disciplinamiento y control, cuyo blanco principal es disgregar a la multitud y convertirla en masa de trabajadores continentales. Así se ensaya con las fumigaciones en los frentes cocaleros de Colombia las normas policiales instauradas por la hegemonía imperial, como antes se hizo en Bolivia y Perú.

LA CIUDAD DEL SUR CONTRA LA CIUDAD DEL CENTRO

*¿La puerta está cerrada. Abrid la puerta? Una pregunta para Jean François Lyotard*¹⁶.

J.F. Lyotard

El comportamiento del nuevo sujeto oprimido, su politicidad concreta, responde a la pregunta que redefine nuestro tiempo histórico, clausurado por los vencedores. La respuesta es fruto de la potencia de la multitud, del despertar del sujeto, cuyo cuerpo estaba atado al predominio de la estructura capitalista, a los dictados de la estética de la sumisión. En América Latina y en el sur de Colombia viene aconteciendo una revuelta contra el orden del valor de cambio. La capacidad recuperada de la multitud de los individuos libres, de *la pobrería* como cuerpo social alternativo, se reconoce en la organización y movilización de los campesinos y raspachines cocaleros, asentados por años en la Amazonia los unos, y nómadas los otros, pero en confluencia ambos en los territorios del sur, en las tierras de los departamentos de Putumayo, Guaviare y Caquetá.

Este enfoque liberador se hace a través del transporte y la reinterpretación de la metáfora real de dos *politeías* que se oponen en nuestro territorio, para ver nacer a *la politeia del sur* en contraposición con *la politeia del centro*. Aquí, las dos ciudades marcan la encrucijada en que se debate la condición social y política del país y de Suramérica. Esta mediación conceptual viene sugerida por la exploración de Negri y Hardt, que la extrajeron como hallazgo en la reinterpretación del legado imperial de Agustín de Hipona, que intentó una conceptualización de signo opuesto cuando respondía desde las trincheras a la caída de Roma en manos de las invasiones bárbaras que sometían a Europa occidental.

La Ciudad de Dios tiene una utilidad conceptual y práctica que proviene también del hecho de que la obra agustiniana corresponde al *exilio* y al *refugio*, tal y como lo experimentó el Imperio romano. Entonces se hacía desde la perspectiva contraria, la de los amos en desgracia, mientras que aquí la Ciudad del Sur, *la politeia alternativa*, es la meca de reencuentro de los vencidos y desplazados. Ahora el lugar, el punto de mira para la re-

¹³ *Ibid.*

¹⁴ María Clemencia Ramírez, *op. cit.*

¹⁵ Franz Hinkelammert, *El retorno del sujeto reprimido*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002.

¹⁶ Jean François Lyotard, *La condición postmoderna*, Madrid: Planeta-Agostini, 1993.

vuelta del sujeto reprimido que trató Franz Hinkelammert, transforma esta interpretación. Y la hibridación conceptual que aquí se propone nos posibilita pensar en un *contrapoder* que surge de una ética de la necesidad, que supera la ética inmanente de la banda de ladrones que propugnó Platón durante la crisis de la democracia ateniense.

Mientras que el Imperio romano sufría el asedio de los excluidos, de los nómadas de las estepas y de la fronteras, ahora el Imperio de la globalización capitalista, en tanto sistema político y jurídico, sufre otro asedio a cargo de la multitud trabajadora en todos los ámbitos de su dominación. Ante los ojos de Agustín, el africano converso, en ellos se corporizaba la amenaza performativa de un nuevo imaginario, no reductible, subversivo de la lógica de la *pax romana* que había hecho posible la reforma del cristianismo preconizado por el griego Paulo, el Lenin cristiano. El suyo era un intento heroico por reducir la catástrofe y domar cuando menos en el poder supérstite del discurso dominante la emergente realidad rebelde para encauzarla. Aquí y ahora, la acción cocalera es punto de ruptura y construcción de otro régimen y jerarquía para la verdad común. Más aún, ya adquirió dimensión subcontinental con las luchas precedentes de la Conaie ecuatoriana, y más recientemente con el triunfo electoral de los campesinos e indígenas bolivianos conducidos por Evo Morales y el Movimiento Al Socialismo, que se disputan la presidencia del país.

El dispositivo de las dos ciudades es retraducido ahora, dieciséis siglos después, en la Amazonia colombiana. Nos sirve para hablar de nuestro exilio/refugio interno, porque éste conforma otro, que obra como potencia política para erigir la Ciudad del Sur, cuya virtud emancipatoria reside en el autogobierno ejercido en los márgenes del Estado. La nueva cartografía delinea una imaginaria que se extiende desde la Selva Lacandona y la Caracas sublevada, pasa por el Putumayo colombiano, la Sierra ecuatoriana, las ciudades de Porto Alegre, Buenos Aires y Arequipa; cruza las sierras y valles bolivianos movilizadas por los cocaleros. Estamos asistiendo a la construcción de la Babel del Sur, laica, plural, bajo el espacio y la temporalidad de la inmanencia.

Nuestra visión se vuelca sobre la praxis emancipatoria de la multitud paria, los raspachines y pequeños propietarios rurales, que trabajan en la industria cocalera, que son la carne de la Ciudad del Sur, opuesta a la Ciudad del Centro, donde la coalición de élites gobierna y domina. Ésta es, por supuesto, una *polis* sin límites definidos, porque se extiende a lo largo del hilo rojo de los excluidos, de los explotados de la tierra, con el carácter de una ciudadanía universal. Todos hacen parte de la sociedad civil de los de aba-

jo, como lo plantea François Houtart. Los cocaleros del Putumayo constituyen un nodo que hace parte de una red que replica todos los espacios del capital globalizado, ensayando una solidaridad alternativa de la plebe insumisa. Este antagonismo es el indicio de la tarea incumplida por la modernidad de dar cabal expresión a la inmanencia de la humanidad liberada de la esclavitud y la servidumbre medieval.

CRISIS Y REFUNDACIÓN DEL CUERPO SOCIAL MODERNO

La justicia consiste en responder a la injusticia del mundo. Porque el mal en el mundo lo ha causado el hombre. Las desigualdades son cosa del hombre, por eso hay que hablar de injusticias y no sólo de desigualdades¹⁷.

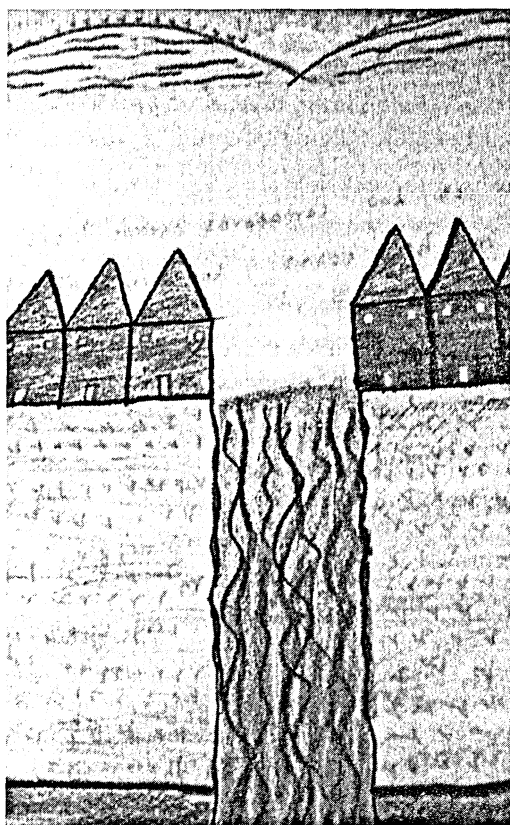
Reyes Mate.

Poniendo sobre sus pies a la ideología del mercado, la multitud promueve mediante su trabajo las singularizaciones biopolíticas de grupos y conjuntos de humanidad.

Hardt & Negri.

El referente real —para nada discursivo— que nos hace postular al exilio como contrapoder es la existencia viva de un sujeto de configuración plural, un cuerpo social diferente, no cuadriculado en los espacios nacionales, que renuncia a la fascinación de la lógica suicida del mercado. Más aún, él da cuenta y presencia de la persistencia de una crisis que la forma política estatal no logra

restañar



¹⁷ Reyes Mate, op. cit., pág. 97.

restañar en el laboratorio europeo, ni en el más original de sus implantes coloniales, los Estados Unidos, en tanto despliegue de una república democrática, en la que cupieran todos, como propietarios privados, a lo largo de tres siglos.

La multitud se había desbordado y encauzado a la vez en la historia pasada, cuando obraba en el teatro de la precidadanía de la Antigüedad, cuando Caracalla le dio carta de ciudadanía, pero entonces seguía sujeta “a Dios y a la trascendencia”. Fue a partir del siglo XVII que se ensayó el modelo teorizado por Thomas Hobbes, mediante “la resolución parcial y temporaria de esta crisis con la formación del Estado moderno como *locus* de soberanía”¹⁸, que nos recuerdan Negri y Hardt. Ellos rastrean los basamentos políticos de una alternativa ontológica inmanente que permita pensar en la constitución de la multitud contemporánea como sujeto político.

Tal posibilidad se edifica sobre el propio poder productivo de los grupos subalternos, de los cuales los campesinos y raspachines cocaleros son parte integral. Ellos erigen dentro del Imperio la ciudad alternativa al derrumbe de la dominación anterior, y son la cara opuesta del Imperio como forma política en potencia, contrariando la globalización del capital. Esta forma alternativa habla primero el lenguaje imaginario de la antipolítica para interpretar “el *telos* de una ciudad terrenal, llevada por el poder de su propio destino a no pertenecer ni estar sujeta a una ciudad de Dios, que ha perdido todo honor y legitimidad”¹⁹.

Para poner fin a la guerra civil, que dio inicio e identidad a la modernidad como utopía estatal; el nuevo sujeto propone “la constitución absoluta del trabajo y la cooperación”, que son los verdaderos antidotos contra la violencia y la corrupción del nuevo orden Imperial, y de los órdenes que lo antecedieron. Porque la guerra civil actual se da dentro del Imperio, que no logra instaurar el orden, forzado a una incesante función policiva de control mundial, la plebe/multitud abarca un espacio sin límites, donde se delinea una ciudadanía universal que dé al traste con la constitución incompleta del derecho imperial. Ella, al haber inducido la génesis del Imperio, “como una inversión de su propia imagen”, representa la fuerza constituyente fundamental, que encarna un exceso de valor “con respecto a toda forma de derecho y ley”²⁰.

Se trata de un plusvalor equipotente. Así las cosas, la metáfora de la nueva *politeia* fija su vista en la *Babel del Sur*, y referida a una corporalidad concreta se transforma en el nuevo concepto. Él tiene como espacio de construcción social la geometría de un triángulo con tres vértices/vórtices: el Putumayo occi-

dental, la Sierra ecuatoriana y los valles de Bolivia y Perú. Sin embargo, nuestra pesquisa está aquí circunscrita a una de las esquinas del mapa del Emperador. El examen acoge una cima local y regional que traza una singular trayectoria constituyente de la multitud. Es la población desplazada y exiliada en Colombia. A lo largo de un siglo laborioso, ella ha reformado la lógica política de la *politeia* del Centro en el último cuarto del siglo XX. Hoy el Putumayo es una estación en la tierra de los pobres y, como tal, un componente crucial en la nueva geografía política de las clases subalternas, que son por derecho propio avanzada de la globalización solidaria, aunque no lo sepan y asuman del todo.

En Puerto Asís se continúa e innova la historia revolucionaria del siglo XX, que nació en Leningrado y se expandió con el triunfo bolchevique hasta desmoronarse en 1989. Sin embargo, de las ruinas del siglo XX se erigió y extendió la condición necesaria para el primer ensayo de ciudadanía planetaria al grito de *¡Proletarios del mundo, uníos!*. Entonces, el nuevo cuerpo social de la modernidad se hizo multitud y se expandió con fuerza inaudita. La dinámica descrita, de triunfo y derrota, no detuvo la marcha, sino que ha proseguido reinventando la ciudadanía, hasta establecer como sujeto a la multitud.

El conflicto de las clases en el siglo pasado instaló en cambio —dicen nuestros autores de cabecera— “las condiciones de una nueva subjetividad política, una multitud insurgente contra el poder imperial”²¹. A estas alturas, el Imperio sucumbe en su intento de poner un límite jurídico a dicha expansión inaudita, de imponer un sistema de derecho adecuado, que remplazara el derrumbe del sistema del derecho público internacional colapsado por los acontecimientos de la guerra centroamericana. Más aún, la presencia activa de esta subalternidad antipolítica arruga el efecto ideológico de universalización producido por el mercado capitalista y torna imposibles los intercambios de los segmentos de la multitud en errancia, exilio y desplazamiento continuos en el globo y dentro de los menguados espacios estatales nacionales.

Mucho antes, las luchas de clase proletarias habían quebrado, en buena parte, las soberanías nacionales de los estados modernos que sucumbían a la nueva configuración del trabajo, la *figura del proletario social*. Esta singularidad política, al irrumpir de modo revolucionario, fue domada por la lógica estatal en el renovado espacio de la Unión Soviética por la furia pacificadora, nacionalista, de José Stalin, con sus purgas en la ciudad y el campo. Sin embargo, es allí donde se ensaya de forma teórica y práctica la autovalorización del trabajo que subvierte a la forma estado, cuando se piensa la socialidad como posible más allá del

¹⁸ Antonio Negri y Michael Hardt, *op. cit.*

¹⁹ San Agustín, *La Ciudad de Dios*, Madrid: Universidad Complutense, 1997.

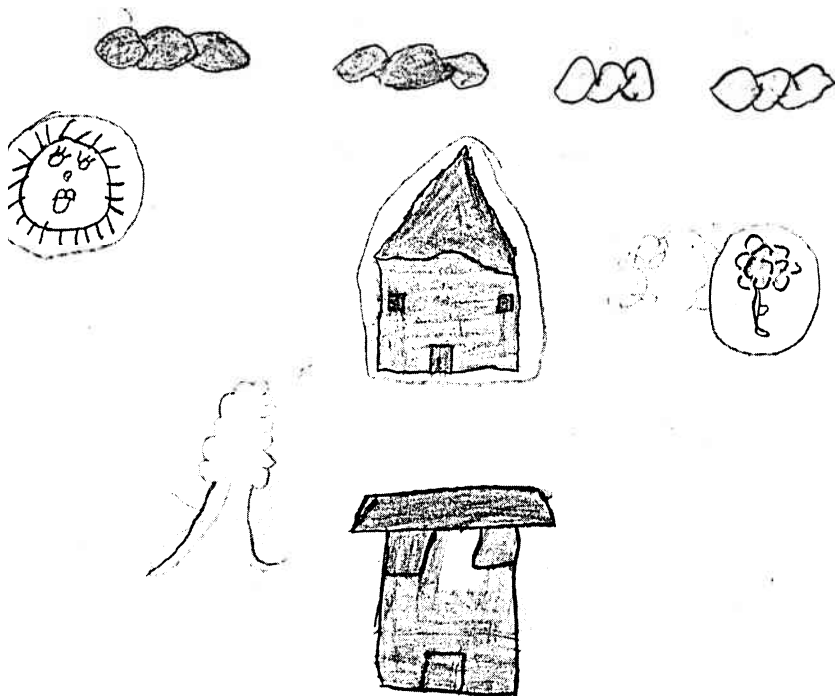
²⁰ Antonio Negri y Michael Hardt, *op. cit.*

²¹ *Ibid.*

mercado moderno, de la razón calculadora. Dicha multitud que inunda y permea con su incesante errar la posmodernidad capitalista para volver a la metáfora de las dos ciudades requiere ahora, primero, constituirse como poder emancipador por fuera de la cartografía estatal, bajo las múltiples caras del *imaginario antipolítico*, por lo que tiene que dibujar el mapa desterritorializado de la nueva ciudad, para generar así las condiciones de posibilidad de la liberación humana, que no es posible confundir, sin error, con los imperativos de la emancipación que tienen una duración, una permanencia relativa.

El irrumpir del cuerpo social de millones en exilio se dibuja en el despliegue de su ética revolucionaria. Aquí sólo daremos cuenta de una de sus fracciones, afincada en el territorio allende de las ciudades del capital. Los cocaleros desplazados en su lucha dotaron al movimiento del conjunto de los exiliados, expulsados de la Ciudad del Centro, de un *telos* construido en la realidad del trabajo inmanente, ajeno a cualquier trascendencia, a la presencia subversiva del valor de uso. Negri y Hardt derivan de ahí que "la teleología de la multitud es téurgica: consiste en la posibilidad de dirigir las tecnologías y la producción... (sin) motivos para buscar fuera de su propia historia y de su propio poder productivo para alcanzar su constitución como sujeto político"²².

La multitud del exilio interior refunda en el dolor liberador la ciudad terrena. Ella reinterpreta la letra de la sujeción a *La ciudad de Dios*, por un pensamiento de liberación en acto. Los pilares de la ciudadanía planetaria tienen otras coordenadas, porque al descentrarse descubren un punto de fuga. Ahora no es el Occidente sino el Ecuador la meca de la multitud subversiva en su lucha contra el valor de cambio, que le ha extendido una condena moral y la ha englobado en *la guerra contra el terrorismo*. En lugar de la violencia y la corrupción, *la constitución del trabajo y la cooperación* se ensayan en los espacios descentrados del Imperio. Así se fijan las coordenadas del territorio de la multitud, borrando las fronteras del mapa del Imperio. La nueva ruta es el exilio permanente, un desplazamiento que corta las mil mesetas de la geografía política de la dominación. Los trazos del dúo Guattari/ Deleuze los constituye la multitud de modo incesante en un espacio finito sin límites. En la so-



ciudad de la información, esta multitud conquistó el movimiento autónomo a través de la comunidad del éxodo. Éste es el sino inmanente a las migraciones masivas inducidas brutalmente por las estructuras del capital local y global.

LA POTENCIA DE LA POBRERÍA COCALERA

*Spinoza define la indignación como el odio hacia alguien que ha hecho mal a otra persona. Y añade que la indignación parece presentarse como una suerte de equidad*²³.

Antonio Negri.

Colombia no es la excepción en la revolución que protagoniza la génesis y expansión del trabajo social. Porque bajo los dictados del llamado *trabajo ilegal de las grandes masas de campesinos y los trabajadores urbanos*, los pobres de Aristóteles, la plebe de Foucault, la multitud de Spinoza, también se dan cita en los espacios asediados de Putumayo, Caquetá, Guaviare y Meta. Al cierre de este apartado, conviene descubrir y responder otra exigencia a través de una pregunta abierta: "¿Cómo la multitud es reorganizada y redefinida como un poder político positivo?"²⁴.

Es menester identificar las formas de conciencia y organización de los cocaleros, hurgando en la espontaneidad de los heterogéneos y espasmódicos movimientos de la multitud que animan la globalización del capitalismo. Para Colombia, el desplazamiento y el refugio engruesan *la ruta de la cocaína*, que después del 11 de septiembre del año 2001 el Imperio asoció con *el terrorismo*. Ambos calificativos, tales advertencias letales, son los esfuerzos neohobbesianos por limitar y reinscribir a *la multitud*

²² *Ibid.*

²³ Antonio Negri, *La anomalía salvaje*: Ensayo sobre el poder en B. Spinoza, Barcelona: Anthropos, 1993.

²⁴ Antonio Negri y Michael Hardt, *op. cit.*

la multitud en movimiento en determinados espacios para confinarla dócilmente. Porque el Imperio también aísla, divide y segrega en Colombia.

Aquí se trata, una vez más, de domar la productividad de la multitud, esto es, la potencia del valor de uso de la rebeldía blandido como imaginario antipolítico contra el Estado y la guerrilla, inmersos en la lógica del valor de cambio, confinados en el territorio del capital. Esta multitud que disuelve al pueblo para hacer posible la comunidad de los pobres, confronta las acciones represivas de unos y otros con las pretensiones de control instrumentalizadas por la policía descentralizada del Imperio, las cuales éste viene implementando progresivamente en todo el globo, esgrimiendo la coartada del terror, desde la Guerra del Golfo hasta el Plan Colombia y la denominada Iniciativa Regional Andina, con la promesa incumplida de ofrecer un paraíso de seguridad en medio del caos capitalista.

Ahora se pasó a incluir a nuestras guerrillas como objetivo militar explícito del Plan Colombia, luego de que el Congreso del Poder Ejecutivo Imperial ha aprobado el accionar del presidente George W. Bush, en el mes de julio. Entonces, el programa de lucha del cuerpo global/local de la multitud tiene que "cruzar y romper los límites y segmentaciones que se imponen a la nueva fuerza laboral colectiva"²⁵. A ello es a lo que se dirigen todas las luchas antiglobales en un espectro de radicalidad diferenciada, que en las manifestaciones de Génova, con la muerte de Carlo Giuliani por la policía, sacudió el ala moderada del comando heterogéneo siempre cambiante de la antiglobalización.

El derecho posmoderno se vuelve un marco plástico para una urgente demanda de las masas movilizadas y desarticuladas por el capital. La respuesta alternativa es la ciudadanía global que permea y atraviesa todas las fronteras y los muros que remplazaron la tapia de Berlín, desmoronada en una noche por la multitud. El cuerpo plural de la multitud reprimida por lo que Negri denomina el Imperio Bizantino, donde "el equilibrio y el carácter subsidiario de los tres poderes, monárquico, aristocrático y democrático desaparecen"²⁶, tiene que sufrir un asalto definitivo para modificar en forma radical el mapa del Imperio. Mientras que "el poder monárquico lo acapara todo, su definición es la defensa espacial"²⁷, el derecho de la plebe, de la pobrería que hablamos, que hará posible esta ciudadanía global en irrupción, no es otra cosa que "el derecho general a controlar su propio movimiento... el poder de la multitud para reapropiarse del control sobre el espacio, y con ello diseñar la nueva cartografía"²⁸.

El cuerpo social, recreado y movilizado a través de la geometría del éxodo y el desplaza-

miento, revela en múltiples temporalidades que ya no obedece la esquematización del antes y el después. Esta multitudinaria plebe, este colectivo de individualidades, de singularidades diversas provenientes de las cuatro esquinas de Colombia, hizo posible en su praxis existencial, como cultivadores de coca y amapola, como antes de marihuana, el aprendizaje de la laicización del tiempo. Éste era un evento filosófico acaecido muy atrás en la historia, al advenimiento de la filosofía griega que fue político. Entonces, Aristóteles trataba de capturar el tiempo como medida trascendente. Luego, este hallazgo ha retornado al presente colectivo, en tanto que la aproximación posmoderna, como conspiración antimoderna, mantiene la idea griega del tiempo concebido como constitución colectiva, mientras que rechaza la configuración, el encapsulamiento trascendente del tiempo. Porque el valor de uso, el carácter constituyente real de la plebe/multitud, encarnado en el trabajador social que sustituye al sujeto obrero masa, hace estallar los famosos *a priori* kantianos del conocimiento, recordando que es el trabajo concreto, la vida colectiva como división social de trabajo específica, la condición de posibilidad de toda ganancia, de cualquier ejercicio de la razón calculadora.

El tiempo posmoderno no puede ser otro que el tiempo de la existencia social, donde el trabajo no puede ser medido, porque ya no es posible mantener la teoría del valor trabajo de los clásicos, de Smith y Ricardo, cuya crítica hizo universalmente notoria la obra de Marx. Ya, en la reflexión de Hardt y Negri, *el tiempo* está referido a la cooperación y a las redes comunicativas. Éstas son cualidades de la multitud en su existir colectivo. En breve, este tiempo es definido como el tiempo de la multitud, del valor de uso, de la ética de la vida, esto es —para hablar de la geometría de la plebe cocalera—, "la inconmensurabilidad del movimiento entre un antes y un después, un proceso inmanente de constitución"²⁹.

El cuerpo constituido en el mundo del trabajo posfordista, con la revolución del tiempo moderno, ya no es más *otra clase trabajadora industrial*, porque tiene una constitución ontológica diferente. El proletariado es definido, ante todo, como *posse, potencia, poder constituyente*, apelando al uso de ese vocablo latino. La nueva caracterización/configuración del trabajo no sólo abarca a la clase trabajadora industrial, definida entonces como trabajo productivo, porque el obrero social de hoy involucra también los trabajos reproductivo e improductivo.

La dimensión sin límite de la producción biopolítica no es otra que la inconmensurabilidad del tiempo y del valor. La caída del muro de Berlín echó también abajo las paredes de las fábricas, y no está lejano el día en

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Ibid.*

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Ibid.*

que tendrá que reconocerse tanto la caída de la muralla china como el bloqueo de Cuba, el territorio libre de América: la primera, al ser derrotado el remedo de revolución cultural, cuyo episodio final se libró en la Plaza de Tienamen; la segunda, con la crisis de los misiles que se cerró con la reconquista española de la revolución socialista.

Universalizado, o mejor, generalizado el nuevo cuerpo del proletariado posmoderno, no es posible postergar lo que parecía el sueño de los defensores radicales del Estado de bienestar: *el salario social*. Del salario social nos había hablado el teórico Gosta Esping Andersen al pasar revista a las vicisitudes del Estado de bienestar en Europa continental. Ahora se trata, de modo resumido, de que la ciudadanía social se extienda y abarque al conjunto del proletariado que produce y reproduce la vida extendiendo el ingreso a cada uno en tanto miembro de la sociedad, toda vez que el trabajo deja de ser individualizado como era asumido en virtud de la interpelación ideológica de *la subjetivación* propia de la sociedad burguesa moderna.

La subjetivación burguesa soportaba un síntoma social. Lacan lo postuló como resultado del trabajo teórico de Marx, quien descubrió el síntoma al detectar una fisura en la teoría, que provenía de la constitución del cuerpo del trabajo moderno. Se trataba de “una asimetría, un cierto desequilibrio *patológico* que desmiente el universalismo de *los derechos y deberes* burgueses”³⁰. Hablamos de síntoma porque se trata de una particularidad, una especie que niega su universalidad, su género. La crítica de la ideología es sintomática porque determinaba una ruptura del campo ideológico que convertía a los individuos en sujetos del capital, era la necesidad para lograr una clausura, una forma acabada. Al hablar del salario social se trata entonces de sacar una conclusión obligada: revelar lo real del universal ideológico presente en la constitución de los derechos humanos, y proponer una salida, una constitución del trabajo radical, porque hace posible la autovalorización del trabajo en el espacio constituido y reconstituido de la multitud como democracia.

LOS DOS CUERPOS DEL ESTADO Y EL MOVIMIENTO DE LOS COCALEROS

*Después del paro cocalero de 1996 fuimos conscientes de que no se sembraba comida. Ahora estamos cultivando plátano y yuca, pero obligados por la guerrilla. Por causa de la coca los campesinos preferimos comprar la comida, para sembrar sólo la coca*³¹.

Líder campesino en Yapurá.

Abundemos un poco más. La errancia de la multitud y su inaudita cooperación social, a través de la cual se produce y reproduce la vida, descubre lo opuesto de la libertad efec-

tiva, porque al vender su trabajo libremente el obrero pierde su libertad; “el contenido real de este acto libre de venta es la esclavitud del obrero al capital”³². Dicho de otra manera, la ciudadanía social como cuerpo real es el talón de Aquiles del ideal del mercado, porque la producción para el mercado capitalista con su globalización excluyente multiplica a la vez una mercancía nueva, paradójica en su existir objetivo: la fuerza de trabajo, dando vida a los obreros sociales de hoy, transformando la configuración del obrero masa de antes.

La nueva configuración social del trabajo, el trabajo social en Colombia y en el globo continúa expropiada de los medios de producción por las burocracias privadas, y requiere la emancipación y la autovalorización para abrir una puerta a la lógica del suicidio, a la cual dedicó E. M. Cioran toda su vida productiva. Los proletarios globales del tercer milenio siguen obligados a vender en el mercado su trabajo, que es el único fundamento de la plusvalía expropiada por los conglomerados del capital financiero, en vez de los productos de su trabajo. La ciudadanía universal, como estrategia, desmercantiliza el trabajo alienado y tiende a su autovalorización, ya que le propone al capital global el reconocimiento de un ingreso garantizado, una suerte de impuesto a la especulación que se parece a la propuesta del premio Nobel James Tobin, y a las que resultaron de la acción de la multitud revolucionaria en Rusia, en China y en Cuba, cuando se intentó teorizar otra sociabilidad sobre la tierra por fuera de los imperativos de la razón utópica.

El desentrañamiento ideológico del credo neoliberal de *la igual libertad del mercado de la fuerza de trabajo* —heredero de las contribuciones de Louis Althusser—, tiene un excelente sustento teórico en la reflexión actual de Slavoj Žizek, que pone de presente que “el intercambio equivalente se convierte en su propia negación, en la forma misma de la explotación, de la apropiación del plusvalor... [la] negación estrictamente interna al intercambio equivalente y no su simple violación”³³.

El movimiento cocalero trata de modo concreto, en su condición de productor colectivo, una develación de la forma equivalente en la apariencia del cuerpo social moderno, porque como lo recordaba Marx en su estudio del cuerpo del obrero masa —la más valiosa mercancía en su existir concreto durante los siglos XIX y XX—, el intercambio entre fuerza de trabajo y capital es equivalente y equitativo. Sin embargo, la fuerza de trabajo es una mercancía singular y no cualquier mercancía como producto del trabajo humano alienado, porque su valor de uso produce un plusvalor que el capitalista individual y colectivo se apropian real y compulsivamente

en el

³⁰ Jacques Lacan, *El seminario. Libro 4. La relación del objeto*, Madrid: Paidós, 1998.

³¹ María Clemencia Ramírez, *Entre el Estado y la guerrilla: identidad y ciudadanía en el movimiento de los campesinos cocaleros del Putumayo*, Bogotá: ICANH-Colciencias, 2001, pág. 19.

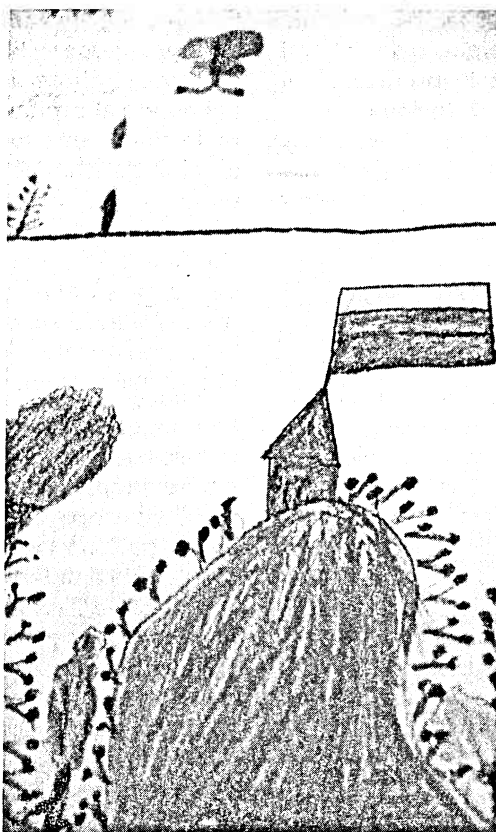
³² Ibid.

³³ Slavoj Žizek, *The Ticklish Subject: The Absent Centre of Political Ontology*, New York: Verso, 1999.

en el reino de la apariencia. Así se constituye y reproduce *ad nauseam* la república liberal de Bentham, la igualdad y la libertad abstractas.

La antropóloga María Clemencia Ramírez, cuyos testimonios de la lucha cocalera del Putumayo considero de modo especial en el ensayo, se refiere a los cocaleros en su condición de campesinos, que es otro modo de entenderlos, en tanto trabajadores, aunque ella no advierta una nueva configuración del trabajo presente ya en ellos. Con todo, su discurso no califica su conducta, no sataniza su presencia, sino que describe su hacer concreto desde una perspectiva antagónica de la racionalidad instrumental, que se parece a la racionalidad reproductiva, que nos propone Hinkelammert siguiendo al Carlos Marx de Los *Grundrisse*. Los cocaleros trabajadores tienen una respuesta política a los asedios del Estado y la guerrilla. Esa respuesta es ambigua y ambivalente frente a los señores de antes y ahora, pero no lo es cuando se advierte en ella un intento lúcido, sostenido, de autonomía frente a las demandas del Estado y de la guerrilla. La suya, la de los trabajadores cocaleros, no es una moral valorativa, sino que es una ética necesaria afincada en la vida, reproductora de la existencia colectiva en las condiciones del éxodo y del refugio, en el territorio desterritorializado de la exclusión global dentro de las entrañas del Imperio.

Todo lo anterior aparece bien ejemplificado en la etnografía de María Clemencia Ramírez, que nos recuerda paso a paso que la principal forma de subsistencia de tal población que anima nuestra Ciudad del Sur es ahora el cultivo parcelario de la coca, y su cosecha por los raspachines, como antes lo fueron otros cultivos, igualmente rentables, combatidos por los centros coloniales, semicoloniales y neocoloniales. Ahora, cuando ya no hay más adentro ni afuera, ni es posible una lógica imperialista, esta multitud de pobres trabajadores responden creativamente, por fuera de toda legalidad convencional, mediante una ética inmanente, materialista, a los problemas estructurales que sufre la región amazónica colombiana, donde esta parte de la multitud encuentra cobijo y refugio,



exiliada como ha sido del centro.

Recorriendo la historia más reciente, el punto catalizador parece ser la descertificación sufrida por Colombia a manos del gobierno de Estados Unidos, ocurrida el primero de marzo de 1996. Tal decisión implicaba suspender la ayuda antidrogas, las preferencias arancelarias para los productos de exportación, el veto asegurado a los préstamos en la banca multilateral, y la suspensión de las garantías a las inversiones norteamericanas. Se sometía al país a una condición de paria internacional y se confirmaba la presencia ejecutiva de un poder imperial. La respuesta del asediado

presidente Ernesto Samper, también sindicado de ser electo con dineros de la economía del narcotráfico, en lugar de reclamar autonomía, fue la de obedecer la medida policial del gobierno norteamericano, incrementando las fumigaciones y el control de insumos básicos para el procesamiento de la pasta de coca, olvidando el mal "colateral" producido en el cuerpo social campesino y raspachín dedicado a tal producción como forma de subsistencia real sin atenuantes.

Del lado de los trabajadores cocaleros, la respuesta no dio espera. Como se recuerda en la tesis doctoral de María Clemencia Ramírez, se emprendió la movilización de algo más de doscientos mil pequeños campesinos. Era un éxodo heterogéneo de colonos, raspachines y sus familias junto a la población indígena, habitante de la zona después de éxodos centenarios. Se dibujaban los múltiples rostros de la multitud que disolvían la entelequia del pueblo como coartada para la dominación anterior y presente.

La razón de ser de esta manifestación era, en apariencia, oponerse a las leyes que impedían el cultivo principal del cual derivaban su sobrevivencia. No había alternativas viables, sepultadas antes por la presidencia reformista de César Gaviria, cultor de un credo neoliberal *demodé*, porque no lo creían ya sus predicadores imperiales. La gente que marchó provenía de Putumayo, Caquetá, Guaviare y de la baja bota caucana, pero en su composición regional la constituía la pobreza de todas partes. Era la más plural y representativa mo-

vilización que recuerda la historia de la lucha social en Colombia, de lo cual poco se ha dicho aún, y que las historias de vida de los marchantes habrán de dar cuenta. Por la vida, esa multitud plebeya desafió con sus cuerpos y su dignidad equipotente a la muerte esgrimida por el régimen.

Esta protesta sin par fue más allá de los dictados de la razón calculadora, de la racionalidad suicida. Porque a la vez, los cocaleros proponían en acto, en tanto obreros y propietarios, como comerciantes y transportadores, una solidaridad que iba más allá de la lógica de los paros cívicos que cubrieron las décadas de los años setenta y ochenta. La lógica del antagonismo social revelaba un contrapoder de composición y configuración política diferente. A la vez que insistía en un plan de sustitución de cultivos, que implicaba realizar una modificación de la lógica económica neoliberal, requería para hacerse viable el ejercicio de una implementación autónoma de parte de la multitud levantada. Ahora, esta plebe en movimiento era por fin un sujeto plural con voz propia, que, en palabras de la antropóloga Ramírez, “demanda reconocimiento político y participación ciudadana, proponiendo un plan alternativo de sustitución que no ha recibido la atención necesaria por parte del Estado”³⁴.

El movimiento social de los pequeños productores de coca, sin embargo, tuvo su laboratorio, su inicial configuración como parte de una nueva ciudadanía, durante la década de los ochenta, en medio de las protestas cívicas de los sectores semirurales y urbanos que se extendieron al sur de Colombia. A través de una serie de paros cívicos de importancia relativa, cuyo ascenso culminó en el paro cívico nacional con epicentro en Bogotá, el nuevo evangelio fue sembrado y transformado de modo progresivo. Empero, fue durante 1994, en la guerra contra las drogas, cuando esta fracción de la multitud se forja una identidad. Empieza el proceso de erección de un cuerpo colectivo diferente, otra *politeia* en el Putumayo, donde se supera por fuerza el arreglo institucional de 1991. Se parte, en esta inversión de la nueva Jerusalem, de una interlocución que junta a las localidades circunvecinas, que son asiento de los cultivadores de la planta de coca, en diálogo con quienes representan el Estado y los poderes internacionales. Estos últimos impusieron las políticas neoliberales en el campo, produciendo la consiguiente ruina de las capas medias y pobres del campesinado.

Por su misma naturaleza productiva, estos nuevos actores sociales y políticos, a quienes se reducía a los márgenes de las zonas de frontera, crecen y adquieren —en un contexto de ilegalidad— una estatura nacional. Se proclaman por fuera de un Estado represor que no

los alcanza con sus redes de control, porque sufrieron por años el ayuno de cualquier manifestación positiva de bienestar, como la prodigio con mezquindad en las ciudades nuestro estrecho Estado de bienestar.

En este ambiente de extralegalidad constituyente hubo otro hito importante para el año de 1997, cuando los paramilitares inician su accionar y escogen como escenario de irradiación para sus fechorías a Puerto Asís. Entonces, el contingente paramilitar optó por combatir a las FARC utilizando sus mismos métodos, aunque con mayor crueldad. Las AUC pretendían ser gobierno y querían imponer un nuevo orden agrario a la pobreza cocalera. Las FARC eran por dos décadas casi el Estado sustituto en los territorios nacionales, que pronto fueron convertidos, de la noche a la mañana, en nuevos departamentos. El establecimiento liberal y conservador tuvo que aceptar y compartir con las FARC un ejercicio, entre legal y clandestino, de la autoridad sobre la población en éxodo y el control de un vasto territorio.

La forja de la Ciudad del Sur no fue así el asunto de los siete días de la creación, lo cual se evidenció para toda la opinión nacional con ocasión de la movilización de su sociedad civil, de sus fuerzas vivas, los cocaleros en éxodo y el sistema social sostenido por su trabajo ilegal. Cuando ellos reclamaron el reconocimiento legal y político para ser incorporados en su singularidad al Estado nacional, primero lo hacían en calidad de sujetos emisarios de la autoridad del Estado local, feudalizado, aún bajo el gobierno de la guerrilla. Ésta era la apariencia de la dominación, pero como resultado de la ofensiva paramilitar, que empezaba su curso principal en 1997, se completó el cuadrilátero de fuerzas.

Allí, de modo paradójico obtuvo cuerpo e identidad el Movimiento Cívico por el Desarrollo Integral del Putumayo (MCDIP). En su descripción del MCDIP, la autora de *Entre el Estado y la guerrilla*, fija su atención en una parte del cuerpo social en movimiento en Colombia desde fines de los años sesenta, tal y como lo había advertido la aguda teorización del sociólogo Camilo Torres Restrepo, que extendía un llamado a la construcción de un Frente Unido del Pueblo. Pero, transcurridos treinta años, la historia de los grupos subalternos nacionales había pasado de los líderes de la pequeña burguesía radicalizada a otro tipo de “liderazgo natural”, surgido de la propia entraña de la *politeia* del éxodo.

El nuevo liderazgo lo definía con clarividencia un líder de la organización sindical Fensuagro, comprometido en la movilización de los años noventa: “Se le llama líder natural al que empieza allá, se queda allá y es un líder de base. Todos hemos estado en ese proceso, sólo que cuando entendemos que la organización debe cualificarse y ligarse a

³⁴ María Clemencia Ramírez, *op. cit.*

otro tipo de objetivos, políticos y económicos de carácter nacional, entonces ya no nos consideran tan naturales"³⁵.

Mucho había ocurrido en el cuerpo social de la multitud rural desde la prometida y fementida reforma agraria de Carlos Lleras Restrepo sepultada por el Mandato Campesino de 1970. De ahí que las nuevas vanguardias campesinas parecen haberse estructurado en el marco del Plan Nacional de Rehabilitación (PNR). Se trataba de un nuevo proyecto de acumulación, bajo los signos neoliberales, que en América Latina tenían como paradigma alternativo la reforma agraria, la brutalidad de Chile y la cooptación populista de Bolivia. En medio, se impulsó el ejercicio reformista del presidente Belisario Betancur (1982-1986), que intentó desarticular el quehacer guerrillero rural y urbano.

Betancur dirigió el accionar del Estado hacia todos los municipios de la Amazonia occidental de los que partió el movimiento cocalero que fueron municipios PNR. Aquel fue el nuevo "espacio natural" para la formación de los líderes que adquirirán madurez en la coordinación de las marchas cocaleras. Ellos se juntaron en los denominados Consejos de Rehabilitación implementados por la política de rehabilitación en las zonas rurales. Fue allí donde éstos empezaron a actuar en las asambleas populares, para gestionar las necesidades de las comunidades campesinas frente a los funcionarios del gobierno. Allí se descubrieron como ciudadanos de una república social focalizada, diversa y plural.

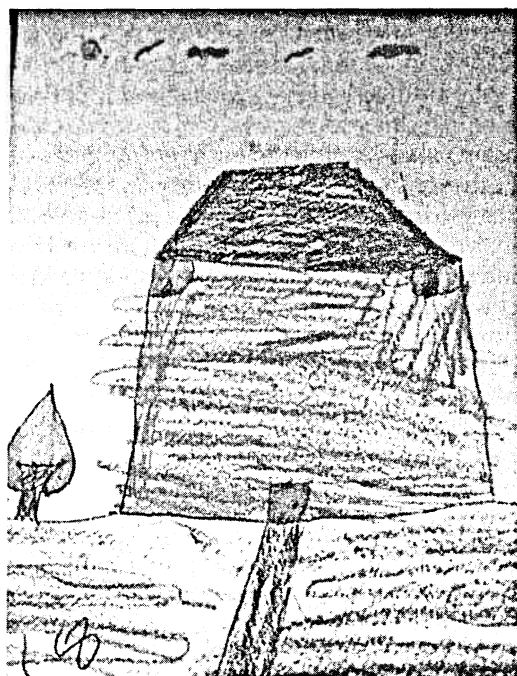
En términos de exilio, sin embargo, estos habitantes estables o itinerantes de la Amazonia occidental hacen parte de una colonización que data de finales del siglo XIX. Ellos son portadores de una historia y de una descendencia específica como contingentes de clases y grupos subalternos. Ellos son el corazón de otra cultura política, solapada bajo los pliegues de la dominación bipartidista, que en sus territorios ha tenido que convivir con otra realidad e ir más allá del modelo consocial pregonado por el Frente Nacional.

Ésta fue una colonización forzada por la confrontación política y la miseria que de modo general afectó a los colombianos de la zona central. Fue esta población desplazada de la región andina la que impulsó la conquista de la frontera agrícola y la reforma de la ecología de subsistencia defendida por las tribus indígenas aplastadas y explotadas por los esclavistas de los siglos XIX y XX, y evangelizadas por las iglesias católica y cristiana. Tal colonización, nos recuerda María Clemencia Ramírez, bien puede enmarcarse en cinco períodos interconectados, que se superponen, pero que a la vez están caracterizados como específicos ciclos económico-extractivos, propios de explotaciones de enclave. Esta característica muta, en parte, en el último de ellos, cuando el ciclo de acumulación capita-

lista neoliberal se expande de modo agresivo en todo el circuito económico nacional y regional.

Tales ciclos se pueden listar así: 1) las expediciones de la quina y el caucho (1900-1946); 2) la explotación maderera y la pequeña agricultura y ganadería (1946-1962); 3) la fiebre petrolera (1963-1976), asentada en el Valle del Guamués, con centro en Orito, donde se estableció la Texas Petroleum Company, y Puerto Asís, principal lugar de encuentro de los migrantes; 4) el *boom* de la coca (1977-1987), que resultó de la represión en el Magdalena medio y la relocalización de Gonzalo Rodríguez Gacha en la región de El Azul, sobre el río San Miguel. El narcotráfico estableció allí las primeras milicias paramilitares, expulsadas por la alianza de las FARC y la población de Puerto Asís, lo cual ocurrió hasta 1991.

Durante el último período (1988-2002), que definimos como ciclo económico transicional, se sigue con la explotación del petróleo. Sin embargo, el cultivo de la coca tradicional es remplazada por dos variedades más rendidoras, traídas de regiones cocaleras de alto rendimiento, de Perú, la tingo maría y la boliviana. El primer efecto se vivió en la productividad, que hizo bajar el precio local de la coca. Lo mismo no ocurrió con la población desarraigada de la región andina. Ésta siguió en aumento, previendo una expansión de los cultivos, lo cual efectivamente tornó ser una ilusión. No pudieron los cultivadores cocaleros escapar a los imperativos del mercado capitalista, esto con base en una información fragmentaria, por las condiciones que dificultan el inventario de una economía no sólo informal, sino también ilegal. En resumen, al observar la realidad migratoria, se revela en el tiempo que son tres las generaciones de campesinos que constituyen el grueso de los habitantes de esta región estratégica.



³⁵ Ibid.

UN POSIBLE DESENLACE

Todos los vecinos de Colombia están afectados en un grado u otro por la violencia en ese país. Las FARC y el ELN cruzan desde hace años las fronteras internacionales para descansar [sic], recreación y reabastecimiento. También se han dedicado periódicamente al secuestro, la extorsión y tráfico de drogas ilegales y armas hacia países vecinos. La organización AUC, cada vez más poderosa, ha comenzado a operar cruzando fronteras internacionales, lo que aumenta la posibilidad que el conflicto se extienda a los países vecinos³⁶.

La gran cantidad de gente que está en la cuestión de la coca es porque no ve otra salida al problema social del desempleo; hay gente que está en lo de la coca sin su voluntad, de la misma manera que hay gente que se mete a los partidos tradicionales sin su voluntad, porque si no se meten no tienen puestos, no tienen créditos. También son ilícitos porque están comerciando con la conciencia de la gente...

Voz de un líder de la movilización cocalera.
Mesa de Negociación, Orito, Putumayo 1996.

El cuerpo social de la multitud exiliada no sólo corresponde a una determinada realidad socioeconómica que lo conforma; también lo es desde la lógica del poder político. Dicha confluencia nos conduce a cierta exploración del orden político regional, a partir de lo que María Clemencia Ramírez apunta en su libro *Entre el Estado y la guerrilla*. Ella propone hablar del Estado en términos locales, para precisar las coordenadas de la dominación y las alternativas presentes. Si el Estado era el espacio donde se centralizaba el poder y se proclamaba la soberanía nacional, como lo sostiene Henri Lefebvre en *La producción del espacio* (1991)³⁷, ahora el espacio del poder tuvo que ser leído de modo triple, según los nuevos actores, pero sin perder su condición espacio-global, sólo que fragmentado y jerarquizado.

El credo neoliberal aplicado en Latinoamérica produjo la llamada década perdida, que se experimentó de modo particular en cada país. En Colombia, la importación de productos comunes de la vecindad andina desarticuló los ciclos económicos locales. De este modo, fueron impactadas las comunidades de los departamentos del Sur, y entre ellos, Nariño y Cauca. El espacio de la sobrevivencia de la población agraria se tornó crítico. La población de las ciudades, confinada en los cordones de miseria, también vio crecer exponencialmente su miseria. La Amazonia occidental se transformó pronto en la meca de los excluidos. *¡Al Sur!*, fue la consigna de los años ochenta y noventa. Este espacio económico y político recibió y articuló a los grupos marginales que dieron carne y presencia a la multitud cocalera. Esta otra Colombia, en resistencia, reinventó "el espacio de varias maneras con miras a transformar sus significados, debilitar el uso del territorio como una fuente natural de poder y permitir que éste se convierta en un espacio de ciudadanía, democracia y libertad"³⁸.

A la radiografía económica de la fuerza de trabajo en rebeldía, acantonada en el Putumayo por más de un siglo de sucesivos éxodos, la acompañó una organización política peculiar. Esta complejidad sufre la máxima prueba a partir del despegue de la mayor colonización; ello ocurre a partir del decenio de 1976-1986. Estas transformaciones coinciden con novedades en la región andina. El poder ejecutivo del Sistema Imperial empieza también a articular otro tipo de estrategia tanto militar como política. Ella concuerda con la imposición generalizada del modelo neoliberal en América Latina, porque no sólo empobrecía la población de los países de la comunidad andina, sino que se exasperaba la exclusión socio-económica, provocando una reacción de resistencia a la miseria.

La resistencia económica se atrincheró en el despliegue comercial de cultivos ancestrales, y de modo particular, la coca, que a lo largo de los años ochenta, alimentó también una lógica política para sostener a la economía ilegal. Los gobernados por esta suerte de estados locales eran los contingentes de población expulsada por el más reciente dismantelamiento de la industria manufacturera regional y la crisis de la agricultura comercial y de subsistencia quebradas por la apertura indiscriminada decretada por los estados nacionales.

El acelerado poblamiento de una región antes habitada de modo extensivo correspondía, en parte, al *boom* de la coca. Sin embargo, el componente poblacional principal provenía de gente desplazada del departamento de Nariño (54,5%). Era gente expulsada por la debacle agrícola que sufría antes la agricultura tradicional.

La realidad geopolítica de la región surcolombiana se tradujo en un orden político que gobernó de modo diferenciado sobre tres franjas de población, atendiendo a lo ocurrido en la Amazonia occidental, cuyo centro es el Putumayo. Dicha geopolítica distingue al Alto, el Medio y el Bajo Putumayo. Las dos primeras franjas tienen como centro político y comercial a Mocoa, bajo control bipartidista hasta hoy; mientras que para el Bajo Putumayo es Puerto Asís la meca de la Ciudad del Sur, el punto de encuentro de los grupos y clases subalternas excluidas y refugiadas de la hegemonía de la Ciudad del Centro. Es desde aquí desde donde brota la realidad de un microestado, nacido de nuevas expresiones políticas y específicas formas de mando y obediencia. Las FARC, sus frentes 48 y 32, las autoridades bipartidistas y la ciudadanía del éxodo han forjado un subsistema político con visos de autonomía frente al poder central nacional. Esta franja que comprende el Bajo Putumayo en el espacio privilegiado para el actuar alternativo de la multitud desplazada a lo largo de un siglo. De allí parte la gran movilización campesina con que finalizó nuestro siglo xx. Ella recordó y potenció la presencia nacional de un sujeto que no hacía presencia

pública

³⁶ *La iniciativa regional andina*, Bogotá: Departamento de Estado, Embajada de Estados Unidos, Oficina de Prensa, 2001.

³⁷ Cfr., Henri Lefebvre, *The Production of Space*, Oxford: Blackwell, 1991.

³⁸ María Clemencia Ramírez, *op. cit.*

pública desde los años setenta. La alianza de hecho entre campesinos y proletarios del campo dedicados al cultivo de la coca y la amapola ha materializado la nueva ciudadanía, y es la portadora de una singular identidad política, forjada en el desplazamiento y el refugio.

Este experimento político de federalización y autonomía desde la base tiene raíces más antiguas, de las que se nutre el reciente movimiento cocalero. El inicio está en 1946, y lo componen sucesivas fases de violencia/amnistía/rehabilitación/violencia hasta nuestros días, a lo largo de las cuales se ha perfilado la corporalidad alternativa de la multitud que resiste y trabaja. Ella es el sustrato material del ciclo con su doble movimiento de exilio y refugio. Allí está concentrada la existencia precaria de las masas trabajadoras excluidas por el capitalismo, que resistían a la imposición de la industrialización capitalista y al despojo voluntario y forzado.

Este hecho renovador del existir social y político contemporáneo colombiano ha tenido diversos intérpretes; está parcialmente descrito en un estudio de Eduardo Pizarro Leongómez, que sirvió a otra finalidad, *Los orígenes del movimiento armado comunista en Colombia*³⁹. Sin embargo, lo que quiero rescatar para el cierre de este análisis preliminar sobre los perfiles sociopolíticos del *movimiento cocalero*, tiene que ver con la relectura de los años cuarenta, porque entonces hubo un campesinado movilizad, cuyo éxodo, a través de las columnas de marcha que partían del sur del Tolima, marca un nuevo límite geopolítico. Allí nacen las llamadas *repúblicas independientes*. Ellas son los antecedentes de *la Ciudad del Sur*, la génesis de *la politeia de los excluidos*. Así se fueron dando los pasos iniciales de una colonización armada que reemplazó a la reforma agraria que prometió y nunca hizo la fracasada República liberal que cerró el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán.

La contrarreforma en marcha de la segunda administración de López Pumarejo había sido, por contraste, el semillero, por reacción de la multitud excluida, de un republicanismo democrático que tan sólo se ha preservado en los espacios de la resistencia y la exclusión. Allí, bajo las condiciones de violencia y despojo capitalista, se fueron desplazando y encontrando los grupos subalternos del campo y la ciudad, sin interrupción, hasta constituirse como politicidad alternativa, como nuevo cuerpo social. Ellos son la medida de una nueva ciudadanía, descentrada de los espacios concentrados de la dominación.

La juventud del movimiento democrático, hecha de los excluidos en éxodo, pasó resistiendo los ataques "pacificadores" de las fuerzas regulares e irregulares de los gobiernos del Frente Nacional, que cumplían con

los dictados estratégicos del Plan Lazo. Entonces, la marcha del desarraigo tomó un rumbo autónomo hasta repoblar los territorios de la Amazonia, donde los indígenas habían sido objeto de esclavitud y genocidio ininterrumpido desde los tiempos coloniales. En esta tierra nunca prometida, en esta Jerusalén de los de abajo, la población rural y urbana desplazada logró al fin un asentamiento permanente bajo el resguardo y mando de los frentes guerrilleros. Es el único espacio nacional donde la pluralidad fue posible.

Desde su génesis, ésta fue una comunidad pluriétnica y multicultural, atendiendo a la ética de la necesidad, bajo los imperativos del éxodo, la lógica de la razón calculadora, de la razón instrumental fue derrotada. En el Sur nació lo mejor de la Constitución de 1991, un nuevo imperativo ético que proclama la centralidad del trabajo como fuente de dignidad humana real que no renuncia a la pluralidad. Esta nueva organización política nunca ha sido reductible a la nación que buscó construirse durante dos siglos bajo los imperativos de la violencia y la civilización prodigadas por los criollos y sus descendientes desde el tiempo colonial. Ella ha sido un contrapoder invisibilizado por el bloque en el poder desde 1946.

Completando la historia, quizás convenga cerrar con una cita de un protagonista de la gesta de los de abajo, de los excluidos. Su longevidad hiere los oídos de la dominación presente, junto al análisis de los estudiosos de las ciencias sociales. Su voz bronca, la rudeza de su relato, es parte de una polifonía que conviene aparejar con la de los adalides de la civilización y la violencia. Se trata del más antiguo y caracterizado vocero de los desplazados de Colombia, como forjador de "repúblicas independientes", de las renacientes autonomías municipales, reconstruidas por el cuerpo social de nuestro exilio. Esto decía Manuel Marulanda Vélez en el discurso conmemorativo de los treinta años de las FARC (1994), recuperando la voz del profundo Sur:

Los marquetalianos estábamos dedicados a crear nuestro patrimonio, para bien de nuestras familias y abastecer la población de los pueblos más cercanos como Gaitania, Planadas y Neiva... Hoy, los únicos responsables de lo que está pasando son: el alto mando militar, el parlamento, el presidente Guillermo León Valencia; porque estaban enseñoreados con los éxitos en la lucha contra el "bandolerismo"... Con los dineros invertidos en la guerra contra los cuarentay ocho hombres de Marquetalia, el gobierno pudo haber mejorado las condiciones de vida de los habitantes de la región y rehabilitar las poblaciones⁴⁰.

Primero llegaron los colonizadores. Después de 1965 trascurrieron trece años para que pareciera la siembra de coca como cultivo de los parceleros y se fue extendiendo por el

³⁹ Cfr., Eduardo Pizarro Leongómez, *Los orígenes del movimiento armado comunista en Colombia: 1949-1966*, en *Revista Análisis Político*, núm. 7, Bogotá: IEPRI, 1989.

⁴⁰ *Ibid.*

Putumayo en el siguiente lustro. Se disparó el *boom* comercial en 1987 con la llegada del Mexicano, quien era perseguido en el Magdalena Medio. El orden paramilitar duró hasta 1991. Mientras tanto, la población desplazada creció exponencialmente hasta 1994, con la población expulsada de los departamentos de Huila, Cauca, Valle del Cauca, Nariño y luego de la zona cafetera y del Ecuador. Con ella se ha construido la Ciudad del Sur, que es el revés de la Ciudad de Dios agustiniana. A ella siguen llegando peregrinos exiliados de todos los rincones de Colombia. Es allí, con el corazón en el Bajo Putumayo, donde la multitud ensaya una nueva manera de existencia ciudadana y establece un orden de cosas alternativo.

La potencia cocalera, animada por el músculo, el nervio y el corazón de los grupos subalternos, ha convertido a la vorágine de comienzos del siglo pasado en una tierra de promisión en el tercer milenio. El rumbo de esta lucha, su posible desenlace, es asunto que hoy nos concierne a todos. La geografía política colombiana ha delineado desde entonces un nuevo trazo. Ella hace posible la emergencia de una real autonomía colectiva sin la cual ninguna república democrática es posible. Es otra la corporalidad que desde allí se propone, en rebeldía propositiva con los dictados del Corporativismo Comunitario. Porque allí se coció otro tipo de identi-

dad colectiva, interactiva y compartida, como fruto de la acción de individuos y grupos diversos en condiciones de libertad e igualdad. En la Ciudad del Sur tomó cuerpo una nueva identidad de los de abajo.

En las marchas cocaleras esta ciudadanía obtuvo su reconocimiento nacional, porque fijó en la movilización una nueva significación para el imaginario colectivo del trabajo que deviene ciudadanía universal. Porque se trata de una avanzada de la globalización solidaria de la sociedad civil de los de abajo que requiere para su autovalorización, como ética de la vida de la emancipación y la liberación de los grupos y clases subalternos, un espacio del que nadie quede excluido como lo proclamaron en 1994 los zapatistas desde lo profundo de la selva Lacandona.

Porque para construir el cielo en la tierra, y no por asalto, el cuerpo social hecho de la interacción de individuos concretos, revitalizado por la potencia cocalera, tendrá que incorporar "una constitución dialógica de las identidades donde el Otro está al interior del yo, y por tanto mirar al yo es mirar a través de los ojos del Otro"⁴¹. En lugar de suprimir, de liquidar al otro, el del exilio y la exclusión, los desplazados, se trata de iniciar una comunicación no violenta, a la cual quiere contribuir este ensayo, cuando también nos hallamos los colombianos y el globo en el vórtice de *tiempos oscuros* π



⁴¹ Franz Hinkelammert, *op.cit.*